

EL AURORO

A medida que nuestra atención profundiza a través de los últimos años del siglo pasado, Murcia, la ciudad, va ofreciendo un aspecto cada vez más sosegado en su ambiente habitual. Se reduce el núcleo urbano y es exiguo el número de sus habitantes, con lo cual la vida resulta más recogida, más íntima. Las fiestas culturales de que nos llega noticia hasta aquí, tienen un aire de tertulias más o menos amplias. Las mayores multitudes que se congregan en la calle con motivos religiosos o políticos no pasan de algunos centenares de personas.

El literato de entonces, cuando mira en torno suyo, lo encuentra todo familiar, penetrado de aquella comunicación de afectos —a veces desafectos o antipatías— propia de los pueblos pequeños. Ese literato, si es sincero, rehuye entonces el cultivo de temas hinchados y ampulosos y prefiere poner una apacible fluencia en sus trasantos de la vida, una vida que él conoce bien, que es la suya, de manera sencilla.

Nos hallamos en una época en la cual ha dominado el realismo sobre las últimas esporas románticas. El artículo de costumbres se ha manifestado en el retrato: «Los españoles pintados por sí mismos» o en el trabajo narrativo con descripción del medio: «Escenas matritenses». Murcia, donde hay un grupo de costumbristas que colabora en los diarios locales, recoge poco después el legado literario, respetuosamente. Serrano de la Pedrosa, Diego Espinosa, Rodolfo Carles, cultivan el género con donaire, con discreta y simpática suficiencia.

Quizás Carles se distingue entre todos por una más sutil facultad de observación, que apura los detalles ahondando en el sentido de las cosas, descubriendo matices y pormenores menos evidentes. Posee además, una pluma suelta, fácil, hasta elegante en su escogida simplicidad. Construye con número bien ponderado entonando en su llaneza festiva, y no tiene aristas ni asperezas ni superfluidades. Ha salido indemne de la sugestión que pudo influirle, del barroquismo que amontonó consideraciones o detalles reiterativos y enfadosos y así, el lector apura el vaso que se le brinda en sus páginas, como si paladeara un licor espumoso, ligero, de sabor agrídulce, que invita a la jovialidad.



No tiene malicia perversa, ni ataca con intención cáustica, porque la burla en sus escritos es inocente. La misma persona retratada, aun cuando le descubriera rasgos ridículos, sonreiría de complacencia leyendo su propia semblanza.

Porque, si bien al presentar estos «Doce murcianos importantes» Rodolfo Carles dice que describe tipos, lo cierto es que traza y pinta figuras personales muy concretas. Más que el basurero o el auroro, nosotros hallamos en los capítulos del libro un basurero y un auroro en su individualidad. Modo muy español de ver lo real.

Y así consigue darnos en conjunto una fisonomía de la ciudad que es el más alto valor de estas menudencias literarias. Al cabo del tiempo, vendrá Azorín a los pueblos a tomar apuntes de las figuras vulgares, de los rincones pobres, de las perspectivas del sobrio paisaje, para acabar en una resultante de espléndida calidad y acentuado vigor: España. Pues aquí sale retratada Murcia y no es despreciable cosa, si Murcia tiene, como yo creo, una personalidad perfectamente definible, que no conviene dejar desvalida o menospreciada, buscando preferencias en ciertas incorporaciones actuales que todo lo igualan, a la manera de las fabricaciones en serie.

JOSE BALLESTER

EL elemento viejo social truena de continuo contra una porción de cosas que considera aportadas por las costumbres y la manera de ser de una generación que se levanta desligándose de todo yugo de autoridad, de todo vínculo de superioridad, de toda relación de jerarquía, y que propende a campar por sus respetos, sin que nada ni nadie detenga en su carrera a los innovadores y a los partidarios de esas cosas que no nos propinan todos los días más que un tósigo, un veneno en píldoras, doradas con el charlatanismo reinante. Nada más erróneo.

Si no mienten las crónicas y el progreso es una verdad, como lo es evidentemente, eso que se llama mundo ha sido antes peor que ahora; muchas cosas, por lo tanto, son mejores en estos tiempos, y otras, que nadie más que ese elemento juzga nuevas, son modificaciones, expresiones de otras que han existido siempre y existen ahora inalterables, en cuanto a su esencia, porque responden a una necesidad absoluta.

La hermandad de la Aurora se encuentra en el número de cualquiera de esas cosas.

La noche de los tiempos, esa celeberrima noche que quiere parecerse a la eternidad, afectando no tener principio ni fin y que es donde se refugian los orígenes de todo lo que no tiene explicación satisfactoria, es la que viene de molde a la Aurora.

Conste, por consiguiente, que el miembro de esa hermandad, el auroro, en fin, podrá no perderse de vista en muchos casos; pero se pierde a la de los individuos de la presente generación, en cuanto a su origen.



En otro de los tipos que forman este libro hálbase de la asociación en abstracto y de la asociación concreta, a cuya temperatura nació aquel tipo. Ahora no sería pintado el auroro si no existiera la cofradía de la Aurora, asociación creada indudablemente por la necesidad que el hombre tiene de buscar a sus semejantes, de comunicarse con ellos, de ayudarse moral y materialmente y de probar, acaso de una manera inconsciente, que siempre y en todo caso llena la exigencia de su naturaleza racional.

¿Por qué, pues, sorprenderse de que se hable de la asociación como de un derecho fundamental, cuando negarlo o ponerle cortapisa sería tanto como negar al hombre mismo, señalarle un fin y tener el gusto de quitarle los medios de llegar a él?

Pero basta de filosofías, y al grano.

El auroro es quizá el tipo más genuinamente murciano que se conoce. Sin quitar nada del reconocido mérito que cada uno de los otros tiene, entra en mis cálculos creer, que si un día hubiera una exposición universal de tipos, nadie más que el auroro, en defecto del *mindango*, llevaría la representación de ellos en lo que a Murcia respecta.

De aquí la dificultad y el temor de no tratarlo cual se merece para que resalte, si no su gentil figura, ni sus detalles, sus contornos principales por lo menos, y que, desde luego, el que se lo eche a la cara pueda decir: «le parece al auroro», que es lo que me basta.

Pero es indudable que el que retrata ha de sentir; sin esa condición no puede hacer nada, no ya el pintor sino nadie que haga algo; ni aun vale decir que esto es un boceto; supone al tipo sentido, aunque sea confusamente,

Y no hay que negarlo: al auroro lejos de sentirlo con gusto le he tenido antipatía: fué necesario que yo luchara conmigo mismo; entre el conocimiento del valor del tipo y el despego que experimentaba hacia su personificación tenía que trabarse sorda contienda; mas la reflexión ha vencido por lo pronto. No podré aquilatar hasta donde llegue la importancia de aquél; pero conozco y confieso que la tiene. Respeto a aquellos de mis amigos que le profesan especial predilección, que hablan de él hasta con apasionamiento, y al que procuran imitar cuando ha mediado la noche entonando desconcertante Salve con sordina y sin campana a la puerta de algún amigo íntimo, aficionado también a la Aurora.

Ahora bien; es muy cierto que aun aquello que más insignificante parece si se mira con algún entendimiento, si se observa, cambia y aparece bajo aspecto distinto del que le veíamos.

Me tocó hablar no hace mucho tiempo con un auroro antiguo, y no sé si es que sería más elocuente que otros, si es que él mismo tendría una idea más elevada de la hermandad de que forma parte, no sé, en fin, lo que sería; pero es cierto que me habló en tono tan convencido, describía las excelencias de la Aurora con tales minuciosidades, se que-



jaba también de los que creen que el auroro, con pretexto de la Salve, bebe de lo tinto hasta emborracharse, que yo, que era uno de los que eso creían, vacilé, le perdoné los miedos que sus cofrades, cuando yo era muchacho, me hacían pasar, oyendo el entonces para mí triste canto de la Salve, y confieso que consiguió más para su causa el auroro en cuestión, que las entusiastas alabanzas de los apasionados, que, en esas modulaciones de sus cantos, en esas notas relativamente interminables, en esas condiciones de rudimentaria vocalización que tienen los que cantan, en la letra de las Salves que entonan, encuentran torrentes de armonía, notas de dulzura sin igual, voces incomparables y tierna poesía.

El auroro para serlo no entra fortuitamente, de cualquier modo, en la hermandad que le da nombre; no basta que quiera ingresar, necesita cumplir con ciertas formalidades. Lo solicita, si no verbalmente, de cuyo modo es muy rara vez admitido, por medio de una instancia, dirigida, como la costumbre establece en casos semejantes, al que preside la hermandad.

Como ya sabe todo el que es murciano y como se deja entender antes, la Aurora no es una hermandad que procede a la manera que todas las cofradías de su clase, escribiendo, hablando y enterrando: la Aurora hace eso también y además canta, si no en la mano, por esas calles, sobre todo en los barrios extremos, que es donde generalmente están distribuidos los hermanos.

El que [entra] en cualquier cofradía, busca la asociación para estar tranquilo respecto al presumible buen paradero de su cuerpo, cuando muera, o al menos él pone medios para eso; mas respecto de la Aurora ¿no puede ese candidato a cofrade estar animado no sólo del deseo de ser bien enterrado y del de la gloria eterna, sino de esa gloria que, aunque efímera, comparada con la eternidad, sobrevive a los siglos, cuando alguna cualidad extraordinaria adorna a algún hombre? ¿No podría haber en un auroro la garganta de un Tamberlik, de un Gayarre, de un Selva o de un Boccolini? ¿Qué inconveniente hay en que el auroro sea otro protagonista de otro *Tesoro escondido*? En aquel auroro que maneja la campana con notable inteligencia de lo cantado ¿no puede haber una legítima aspiración a ser considerado como músico inteligente también, cuando sigue, con la percusión de los sonidos de aquella, las mismas ondulaciones, por decirlo así, que la voz del auroro cantante? ¿No os habéis hecho cargo, vosotros, los que estáis al tanto de la filarmonía, hasta qué punto la campana hace perfectos reguladores e imita en cuanto un instrumento de esa naturaleza puede hacerlo, y en cuanto a sus malas condiciones de expresión, lo mismo que imita uno de esos instrumentos que tiene la ventaja de hablar, según dicho vulgar, cuando es bien manejado?

En cuanto a la organización del coro de auroros, sépase que éste se compone por lo general de quince voces, sin contar otros acompañantes



sin voz, que son y hacen lo que en todas partes en que se reúnen más de tres por obligación, son y hacen los comparsas a devoción.

Distribúyese el coro en la siguiente forma, poco más o menos: un contralto, tres bajos, un contrabajo, cuarta y quinta; la respuesta, como el auroro llama, especie de mitad del coro, compónenla, por lo menos, cinco bajos y un contralto y los dos de relleno, como aquel que dice. Esta nomenclatura y distribución de voces no sé si estará conforme con las exigencias o, mejor dicho, con las reglas de la parte de la música que se ocupa de la composición o de la armonía, pero es seguro que así lo entiende el auroro, pues no hago más que copiar su dicho.

El que dirige o el que lleva la batuta tácitamente en el coro, no se llama director sino *antiguo*; y este antiguo tiene una especie de vice, que se llama *segundo* y que por su nombre se comprende cuál ha de ser su misión dentro del círculo de los auroros. Ambos superiores no cantan; su encargo es no sólo dirigir, sino vigilar y ordenar a los *despertadores*, nombre con que creo son distinguidos los demás hermanos, que alternan en la obligación de despertarse mutuamente: los que están de servicio o cosa así, y en cuya ocupación no sé cuando alternan, si es por semanas o por meses, se llaman, según parece, primero y segundo; comienzan a despertar a las once de la noche y a las doce ya deben estar todos en pie, puesto que a esa hora en punto débese empezar a cantar.

La obligación de entonar la Aurora es los sábados, viniendo a cantar la última delante del altar de la Virgen del mismo nombre en la capilla del Rosario, en la madrugada del Domingo, cuya Salve parece que es de reglamento y es la más conforme con la institución y la tradición.

Varias son las Salves que el coro de la Aurora puede cantar; pero siempre la hace a gusto del que la pide. Por entonar cualquiera de ellas percibe el coro, o más bien la cofradía, una limosna, que no se satisface en seguida, sino que al día siguiente la recoge un individuo de la hermandad.

En eso de tener vocabulario especial hay que convenir en que el auroro puede jactarse de que pocos pertenecientes a otras hermandades lo tienen tanto.

Habrà que respetar lo que uno al paso se encuentra, porque indudablemente tendrá su razón de ser, aunque esta razón se oculte a la generalidad de los mortales; pero, francamente, eso de distinguir a una de las Salves con el calificativo de *carnal*, me parece un poco fuerte.

A lo que pudieran llamarse estrofas, si la Salve fuera susceptible de esa división y de esa cesura, llama el auroro *vocablos*; y de la Salve carnal es el primer vocablo el siguiente: «Salve, Reina de los cielos; de misericordia Madre...». Y esto en el sentido que lo usa el auroro debiera llamarse semivocablo.

Aunque las Salves son muchas y varios los vocablos que contiene cada Salve, apuntaré las que yo he oído nombrar al auroro como más corrientes, y el primer vocablo de cada una de ellas.



La *Salve de enfermos* dice en su primer vocablo:

—«Salve, Reina de los cielos; piadosa y divina Madre...».

Salve de difuntos; primer vocablo: —«Dios te salve, Madre Virgen, protectora de las almas...».

Salve de Pasión; es su vocablo primero: —«Dios te salve, Emperatriz; por la calle de la Amargura...».

De la *Salve de Resurrección* es el primer vocablo: —«Salve, Reina de los cielos; cesen tus penas y llantos, que tu hijo ya ha salido del sepulcro sacrosanto...». Este es sin duda un vocablo completo.

Ya he dicho que se pueden cantar muchas *Salves*, lo que se comprende fácilmente, teniendo en cuenta que cada Virgen tiene su *Salve* especial, y cuando a los Santos también les dedica el auroro diferentes *Salves*, sin duda por extensión.

Entre otras está, como una de las más célebres, la de los *quince misterios*, de cuyo primer vocablo no me dió razón el comunicativo auroro por la sencilla razón de no acordarse.

El Jueves Santo por la tarde métese la Aurora en una entrada de alguna de las casas de la plaza de San Agustín y modula uno de sus más lúgubres y monótonos cantos: no es entonces cualquiera de las *Salves*, son coplas de Pasión que realmente no pueden oírse sin sentir cierta opresión en el corazón, puesto que llevan un sello de singular tristeza. Suspéndese en los cantos de Pasión el toque de la campana y así el ánimo y la imaginación pueden menos distraerse, a diferencia de lo que en las *Salves* es posible que ocurra, yendo, por ejemplo, de las voces a la campana y de esta a aquellas.

¡Ah! la campana es una gran cosa, es un elemento de primera fuerza, y, según expresión del auroro, es nada menos que el timón, el eje y la guía del coro, todo a un tiempo; y no será una cosa tan baladí ni superficial, cuando resulta de la afirmación de aquél que sólo hay en la actualidad uno que la toque bien, uno que pueda decir que reúne las tres condiciones referidas.

La hermandad de la Aurora ha tenido en su larga vida épocas de verdadera pujanza, y aunque no creo yo que esté decadente y que le falte mucho para desaparecer, en cuyo caso conservaría preciosa tradición y glorioso nombre, baste decir que no es ahora lo que antes era. El auroro, siempre firme e impertérrito en medio de las vicisitudes por que ha pasado su cofradía, no le ha temido a nadie y ha sido más pertinaz en su empeño que los gobernadores y alcaldes que en diferentes tiempos han hecho enmudecer a la Aurora, sin duda para que no asustara a los hijos de corta edad de los vecinos pacíficos.

Auroro platónico conozco yo que de seguro se muestra descontentadizo con lo que dejo consignado del auroro en funciones. Dar detalles de su existencia, hablar de la oscuridad de su origen, aunque fuese extensamente y no de pasada como yo lo hago, no llenaría los deseos de aquél, que debe considerar la expedición de la patente de auroro como



el punto de partida de una nueva era, no viendo en esto su verdadero origen. El canto de la Aurora debe denunciar y acusar los tiempos de la dominación árabe, como los denuncia y acusa el monótono canto del que va conduciendo un par de vacas que con la reja del arado abren el suelo de un bancale.

Llaman *correlativas*, a las coplas de Pasión, a ese canto especial de que se deja hablado, así como todo el mundo confunde, sin que nadie proteste de ello, el nombre de la Aurora, que no sólo se aplica a la cofradía, sino al coro de cofrades, cuyo individuo es el auroro propiamente dicho, a lo que canta, sea lo que quiera, y aun de algunas otras cofradías se dice que cantan la Aurora y a sus individuos se los ve en los días de Navidad por entre esos bancales de la huerta cantando a más y mejor y pidiendo con una bandeja en que llevan dos pájaras de mazapán que tiran a negras por lo curiosas y sobadas, y cuyas cofradías están bajo otra advocación, aunque canten lo mismo.

Si en esos días de Pascua y en las frescas noches de invierno remoja el auroro no ya la palabra, sino la voz, ¿ha de creerse que bebe por sistema?

El auroro tiene una ventaja: no paga contribución.

(Del libro DOCE MURCIANOS IMPORTANTES, Murcia, 1878)

